

ANTONIO MACHADO, “PROFESOR DE LENGUAS VIVAS”**Ian GIBSON**

(Conferencia dictada en La Facultad de Traducción e Interpretación, Soria, 9 de junio de 2006)

Estimadas autoridades políticas y universitarias, excelentísima señora alcaldesa, queridos amigos:

Me complace mucho haber podido aceptar la simpática invitación que me hizo D. Miguel Ibáñez, en su momento, para participar en este acto. Y me complace por tres razones principales. Primero porque Antonio Machado se cuenta entre los poetas españoles más grandes y es un ser humano excepcional. Segundo porque Soria es fundamental en la obra de Antonio Machado. Y tercero porque considero muy importante, muy necesaria, la labor que se lleva a cabo en esta Facultad de Traducción e Interpretación, cuyo décimo aniversario hoy celebramos. Muchas gracias, Sr. Decano, por haber pensado en mí.

Tengo que confesar que regreso a Soria en momentos de desorientación posparto. Mi biografía de Antonio Machado, fruto de muchos años de trabajo, está por fin en la calle, y después del esfuerzo uno se encuentra algo desorientado, algo perplejo, aunque gratificado por la aceptación que por lo visto está teniendo el recién nacido.

A mí, como hispanista, me satisface poder contribuir, modestamente, al proceso de recuperación de la memoria histórica que se está produciendo en el país. España no tiene una gran tradición biográfica, a diferencia de Francia, Alemania o Gran Bretaña. Sin duda la carencia se debe a múltiples razones, entre ellas las económicas: lleva mucho tiempo, y cuesta mucho dinero, escribir una biografía rigurosa, sobre todo si el biografiado ha viajado fuera de su país de nacimiento. En España, con su siglo XIX tan turbulento, sus constantes golpes de estado y su inestabilidad crónica, no existían las condiciones para su cultivo. Ahora la situación va cambiando poco a poco y esperemos que ello siga, ya que, como señala Gerald Brenan en su gran *Historia de la literatura española*, las biografías, sobre todo las biografías literarias, son una de nuestras mejores ayudas para conocer la naturaleza humana. En la obra de un escritor ya poseemos una revelación más o menos íntima de su propio mundo interior, como es evidente. Cuando a esta obra añadimos una biografía bien hecha, con las circunstancias y rasgos externos de la vida del escritor –sus amores,

sus odios, sus peculiaridades, sus secretos, sus ansiedades- ya tenemos, dice Brenan, el retrato más completo posible de lo que es un ser humano. Creo que no cabe discrepancia posible.

Hay centenares, miles de españoles que se merecen una biografía, y, como he dicho, por lo que me toca a mí me produce una enorme satisfacción poder contribuir a este proceso de recuperación. Ahora en el caso de Antonio Machado.

Convivir día y noche con Machado durante seis años ha sido una experiencia conmovedora. Me quedo con la imagen de un hombre tímido, muy sincero, absolutamente identificado con el progreso de España en momentos de abatimiento nacional y, luego, en momentos de esperanza, con la llegada de la Segunda República. Los Machado procedían de Portugal y su apellido significa “hacha”. En las venas de Machado hay “gotas de sangre jacobina”, de sangre revolucionaria, y el hacha aparece a veces en su poesía con significación reivindicativa. Los que le conocieron han hablado de su gran bondad y de su hondo escepticismo, reflejados, ambos, en su obra. Se trata de uno los más grandes poetas elegíacos del idioma, de un poeta que canta lo que se pierde. Y se trata, también, de un gran prosista y de un pensador que nos fuerza a examinar nuestros prejuicios. De un escritor necesario, en suma, hoy más necesario que nunca.

Quisiera empezar, ya que estamos en Soria y no en otro lugar del planeta, con un recuerdo para el Machado que, en 1910, se levantó en el Instituto de esta ciudad, ante un distinguido público, para elogiar al sacerdote, filósofo, psicólogo, catedrático y autor de libros de metafísica Antonio Pérez de la Mata, soriano preclaro muerto en 1900, dos años después del “Desastre”. Machado pronunció un animoso discurso imbuido de los ideales de la Institución Libre de Enseñanza, de la cual, como ustedes saben, era ex alumno. Se expresó convencido de que sólo salvaría a España la cultura. Pero en España, dijo, la cultura tenía todo en contra. Y siguió:

En una nación pobre e ignorante –mi patriotismo, señores, me impide adular a mis compatriotas– donde la mayoría de los hombres no tienen otra actividad que la necesaria para ganar el pan, o alguna más para conspirar contra el pan de su prójimo; en una nación casi analfabeta, donde la ciencia, la filosofía y el arte se desdeñan por superfluos, cuando no se persiguen por corruptores; en un pueblo sin ansias de renovarse ni respecto a la tradición de sus mayores; en esta España, tan querida y tan desdichada, que frunce el hosco ceño o vuelve la espalda desdeñosa a los frutos de la cultura, decidme: el hombre que eleva su mente y su corazón a un ideal cualquiera, ¿no es un Hércules de alientos gigantescos, cuyos hombros de atlante podrían sustentar montañas?

Faltaba la fe y sobraba la intolerancia, dijo a continuación. El español parecía estar empeñado en no querer comprender las razones del adversario, “porque sospechamos desde el fondo de nuestra brutalidad que si lográramos penetrarlas, desaparecería el *casus belli*”. Y la guerra era justo lo que quería el español, “gallo reñidor, con espolones afilados”. El español, siguió Machado, “prefiere pelear a comprender, y casi nunca esgrime las armas de la cultura, que son las armas del amor”. Es una visión del compatriota de 1910 bastante deprimente, hay que decirlo. Y si así era en las ciudades, ¿qué decir de los pueblos y de las aldeas y los campos donde florecen, señala el poeta, “los crímenes sangrientos y brutales?” “En ningún país de Europa –prosigue, impertérrito– es tan aguda como en el nuestro la crisis de bondad que, con profundo tino, ha señalado el actual pontífice romano”.

Después de su valiente exposición de los, según él, males nacionales, el catedrático de Lengua Francesa se dirigió a los alumnos que se encontraban en la sala. Su porvenir, recalcó, era “incierto”. Tendrían que afrontar la vida con las únicas armas que servían: las de la ciencia y de la cultura, que, como había dicho antes, son las armas del amor. ¡Que no olvidaran que Cristo ha ordenado que amemos, que respetemos, al prójimo! Y luego un concepto muy de la Institución Libre: “No aceptéis la cultura postiza que no pueda pasar por el tamiz de vuestra inteligencia.” Hay que aprender a pensar, a razonar, a utilizar el cerebro; a distinguir “los valores falsos de los verdaderos y el mérito real de las personas bajo toda suerte de disfraces”. Porque es un hecho –aquí Machado se despacha a gusto- que “un hombre mal vestido, pobre y desdeñado, puede ser un sabio, un héroe, un santo”, y que “el birrete de un doctor puede cubrir el cráneo de un imbécil”.

He traído a colación aquel discurso porque nos muestra, acaso mejor que ningún otro texto de la época, a un Machado que ya para 1910 es mucho más que un convencional catedrático de francés. Los sorianos tienen entre ellos a un intelectual combativo muy en la línea de Unamuno, aunque sin la vehemencia característica del rector de Salamanca, y ya saben a qué atenerse. Machado no les decepcionará. Es, ya lo hemos dicho, un revolucionario a su manera. No olvida nunca a su abuelo –que luchó contra Isabel II y ayudó a traer la Primera República– y a su padre, masón y anticlerical. Machado quiere una España culta, europea. Quiere una enseñanza pública laica, libre de interferencias religiosas. Quiere la separación de Estado e Iglesia. Teme que no lo vaya a ver sin sangre derramada. Y, cuando llegue la República, veinte años después, se entregará al nuevo régimen en cuerpo y alma, siempre manteniendo su medida, su dignidad, su independencia de juicio y, cómo no, su escepticismo.

El Decano lleva tiempo pidiéndome –naturalmente con exquisita amabilidad– que, si fuera posible, aludiera en mi conferencia al tema de las traducciones a otros idiomas de Machado. Y al ir dándome cuenta de la dificultad de tal cometido –las traducciones no son un aspecto del poeta que me ha ocupado excesivamente–, me vino a la memoria el inicio de “Poema de un día”, una de las composiciones poéticas de mayor calado de nuestro autor, composición preñada de ironía, de nostalgia y de humor amargo.

Recordemos el momento en que se la escribió. Corre la primavera de 1913. Machado ha perdido unos nueve meses atrás a Leonor, casi coincidiendo con la publicación de *Campos de Castilla*. Baeza es probablemente el peor sitio para él en estos penosos momentos, pero no había más elección. Soria, que es un recuerdo constante, acuciante, abrumador, sólo tiene en 1913 unos 7.000 habitantes. Baeza, con 19.000, no ostenta ni una sola librería ni un solo periódico local. Es un desierto cultural y Soria le parece a Machado un Atenas en comparación, y así se lo dice a José María Palacio. “Poema de un día” –o sea, poema de un día típico de Baeza (el primer título fue “Meditaciones en un pueblo rural”, luego “Mi vida en Baeza”)– empieza lacónicamente:

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de rui señor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego...

¡Profesor de lenguas *vivas* en un pueblo que tiene todos los visos de estar medio *muerto*! Y que se siente incapaz ya de cantar la vida (“ayer maestro de *gay-saber*, aprendiz de *ruiseñor*”) porque la trágica pérdida de Leonor le ha cercenado su creatividad, su esperanza, y le tiene al borde del suicidio.

Al recordar la alusión irónica de Machado a sí mismo como “profesor de lenguas *vivas*” en Baeza, pensé que tal vez sería de interés abordar hoy, brevemente, la relación del poeta con otros idiomas, sobre todo con el francés, fuente, al fin y al cabo, de sus pocos ingresos profesionales. Y ello antes de hablar un poco del asunto de las traducciones.

Vivimos, señoras y señores, en una sociedad en que todo tiene que ser fácil y de alcance inmediato, incluida la adquisición de otro idioma. Hoy cualquiera se puede crear fotógrafo, y competente, con sólo manejar una cámara digital, y se nos asegura que el inglés o el francés se pueden aprender en tres semanas sin salir de casa y sin esfuerzo. ¡English is easy! ¡No problem! ¿You know what I mean? El resultado, uno de ellos, es que este país, España, está llena de personas que piensan que saben otro idioma cuando, en realidad, sólo son capaces de chapurrear algunas palabras o frases del mismo. Lo que es casi peor, dichas personas logran convencer a los demás, en muchos casos, que conocen otro idioma lo suficientemente como para poder escribirlo correctamente. ¡Y traducirlo!

Les confesaré que uno de mis pasatiempos es coleccionar los maravillosos errores de traducción que se prodigan, sin rubor alguno, en cartas y menús, tanto capitalinos como de provincias, así como en hoteles, oficinas y otros lugares. Cada loco con su tema, que diría Machado. Este es uno de los míos.

El otro día en Barajas, por ejemplo, vi en un café el siguiente letrero, la primera frase en español, la segunda en inglés:

No hay servicio a mesa.
Ask for your consumption at the counter.

O sea, ya que no hay camareros, pida su *tuberculosis* en la barra. Hace unos meses, otra vez en un café, se ofrecía, entre distintas atracciones, un “surtido de ibéricos con queso”, traducido como “Selection of Iberians and cheese”, lo cual logra el milagro de convertir carne de cerdo, o sea jamón, en carne humana, específicamente de iberos. Así, a lo largo y a lo ancho del país, en cualquier restaurante, en cualquier aeropuerto, en cualquier hotel, en cualquier guía, los pícaros de la traducción hacen su agosto. Porque hay que suponer que algún pícaro ha cobrado por estas traducciones-traiciones. Y no hablemos de los libros, donde –y me consta- se cometen a menudo las peores barbaridades. El nivel es bajo. Por lo cual Facultades como ésta son de vital importancia.

Aprender un idioma, sobre todo si lo que se quiere es conocer sus registros literarios, es algo que requiere plena dedicación, pasión, vocación, esfuerzo diario. Es un camino interminable, un constante viajar. Si sólo conocemos imperfectamente nuestro propio idioma, o si nuestro propio idioma no nos preocupa profundamente, ¿cómo vamos a pretender conocer cabalmente otro? Lo único que podemos hacer es seguir estudiando y aprendiendo cada día, conscientes de que todo es relativo y que no hay perfección posible.

De todo ello sabía no poco Antonio Machado.

El poeta fue catedrático de Lengua Francesa casi por casualidad. Pero, una vez en ello, tomó muy en serio su profesión y sus obligaciones. Había querido ser actor (hizo sus pinitos de historiador en el teatro Español), pero no reunía tablas suficientes y nunca le dieron ningún papel importante. Pensó en trabajar en un banco, hizo estudios, pero la cosa no resultó. Vocación de escritor quizás siempre la tuvo, pero ¿qué joven podía pensar entonces –o hoy- en ganarse la vida escribiendo? Parece ser que fue su maestro Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, y a quien tanto debía, el responsable de dirigir sus pasos hacia la enseñanza. ¿No sabía Antonio francés, como su padre y su abuelo? ¿No le interesaba la poesía francesa contemporánea? ¿No había estado un par de veces en París (donde por cierto conoció a Oscar Wilde, que hablaba un francés debidamente brillante)? ¿Por qué no opositar a una cátedra de Instituto? Para hacerlo no era necesario entonces tener licenciatura, y Machado no la tenía. El francés era una asignatura despreciada, casi tanto como la gimnasia (por algo Juan de Mairena es, oficialmente, profesor de Gimnasia). Una asignatura “de adorno”, no útil. Y nuestro poeta, que ya había publicado *Soledades*, y estaba preparando una segunda edición ampliada del libro, se encontró un buen día con que había ganado la cátedra de Lengua Francesa del Instituto de Soria. Era 1907 y pronto cumpliría los 31 años.

Francia inspiraba en Machado una actitud ambigua, de amor-odio, muy comentada por sus exégetas. Pero no creo que se pueda dudar de la admiración que le producía el idioma, un latín moderno más suave que el castellano. En una nota del cuaderno *Los complementarios*, probablemente de 1913, comenta: “Reparen en el uso y aun abuso que hacen los franceses de la palabra *doux, douce, doucette*, y el empleo de la palabra *agrio, áspero* en poetas españoles”. Ello a su vez me recuerda la reseña de *Un perro andaluz*, la película surrealista de Buñuel y Dalí, publicada por Eugenio Montes en *La Gaceta Literaria*: “No busqueis (en la película) rosas de Francia. España no es un jardín, ni el español es jardinero. España es planeta... Lo español es lo esencial. No lo refinado. No falsifica... Los Cristos en España sangran. Cuando salen a la calle van entre parejas de la Guardia Civil”.

Algunos alumnos de Machado –de Soria, de Baeza, de Segovia, de Madrid– dejaron su testimonio de cómo eran las clases del poeta. Como buen discípulo de Giner, no se podía esperar que Machado fuera un profesor convencional. No lo fue. Su deber era enseñar el idioma francés, y no había más remedio que utilizar los libros de texto oficiales, pero ello no era incompatible con tener un método propio. Y el método de Machado reflejaba convicciones pedagógicas adquiridas en la Institución Libre de Enseñanza. Consistía en aligerar en lo posible el aburrimiento de la gramática; en ir aproximando al alumno a la lengua a través de la literatura; y, eso ya de entrada, ¡en nunca suspender a nadie!

Aprender poemas de memoria era práctica habitual en la Institución Libre. Machado la aplicó en su cátedra, sin forzar a nadie pero explicando su innegable utilidad para adentrarse en el idioma vecino. Mariano Granados Aguirre, luego famoso abogado, recordaba, en el exilio mexicano poco después de la Guerra Civil, poemas aprendidos en aquella aula soriana:

La dureza de la gramática pasaba inadvertida. La iniciación en el idioma nuevo era también la iniciación de nuevos horizontes literarios. Cuando la voz de Machado vibraba en el silencio de la clase:

C'était dans la nuit brune
Sur le clocher jauni
La lune
Comme un point sur une i...

O bien:

Les sanglots longs
Des violons
Blessent mon coeur
D'une langueur
Monotone...

el recogimiento de los escolares, nuestra atención emocionada, tenía un poco de unción religiosa.

Se trataba de los primeros versos del poema “Ballade à la lune”, de Alfred de Musset, y de los versos iniciales de la famosa “Chanson d’automne” de Paul Verlaine. Impresiona pensar que tales poetas, glosados por Antonio Machado, y estudiados y memorizados por los alumnos, amenizaron el primer curso de Lengua Francesa del Instituto de Soria en 1909-1910 y dejaron en la memoria de Mariano Granados, luego poeta él mismo, una huella perdurable.

¡Qué introducción más estupenda al idioma!

Otro soriano, Gervasio Manrique de Lara, también recordaría con gratitud aquellas clases nada usuales en el ámbito escolar de entonces: “Se le tenía un gran afecto admirativo a su bondad. Nos leía páginas de los libros que recibía del extranjero. Practicaba la lectura comentada.”

A Rafael Láinez Alcalá, alumno de Machado en Baeza, le tocó profundizar, por la misma vía, en “Le Lac” de Lamartine, que además le hizo traducir el poeta. A veces Machado le pedía que recitara en clase las composiciones aprendidas, entre ellas una de Leconte de Lisle, “Midi”, nunca olvidada por el futuro catedrático de Arte:

Midi, roi des étés, épandu sur la plaine,
Tombe en nappes d'argent des hauteurs du ciel bleu.
Tout se tait. L'air flamboie et brûle sans haleine...

Para cualquier joven mínimamente interesado en la literatura, las clases de francés de don Antonio eran una revelación y una gozada. Podemos imaginar que en aquellas “lecturas comentadas” habría frecuentes alusiones a la literatura española, e incluso a poetas amigos del catedrático. Y lo más grande, como ya he dicho, era que los alumnos sabían que, pasara lo que pasara, el bueno de don Antonio nunca los iba a suspender.

Si Machado, por razones de su profesión, estuvo especialmente atento al francés y a la cultura francesa, le atraía también, poderosamente, el idioma inglés. Tenemos al respecto un interesante testimonio de su hermano José. “En cuanto a la firmeza de su voluntad, la demostró en todas las

ocasiones –dice en su libro *Últimas soledades del poeta Antonio Machado*-. Buena prueba de ello fue cuando años después de ser catedrático hizo la carrera hasta hacerse doctor en la Facultad de Filosofía y Letras, sin que fuera óbice para ello haber pasado ya de los años estudiantiles. También se dedicó al perfeccionamiento del inglés. Después al latín, que había estudiado sin ahondar demasiado. Quiso hacerlo para poder leer [a] Shakespeare en su propio idioma y, de modo especial, a Virgilio”.

Machado, pues, aprende inglés para poder leer a Shakespeare en su lengua original. Ello nos recuerda que Freud aprendió castellano para estar en condiciones de leer el *Quijote* en el idioma de Cervantes, y mi paisano James Joyce el noruego para poder hacerle justicia a Ibsen.

Los borradores y apuntes manuscritos de Machado, así como su obra publicada, demuestran que en efecto llegó a tener un excelente conocimiento del inglés literario, si no hablado (lo cual habría sido difícil en sus circunstancias), así como una sorprendente familiaridad con los vericuetos de la lírica británica.

Un ejemplo. Encabezando uno de los borradores del poema 117 de *Poesías completas* (el que empieza “¡Adiós, tierra de Soria, adiós el alto llano...!”), encontramos un verso en inglés que reza: “The hills of the Highlands forever I love” (“Amaré siempre las cumbres de las Tierras Altas”). El verso procede de un poema de Robert Burns, “My Heart’s in the Highlands” (“Mi corazón está en las Tierras Altas”), en el cual, desde una ausencia real o imaginada, el poeta escocés expresa la tenaz nostalgia que le produce hallarse lejos de sus montañas nativas:

My heart’s in the Highlands, my heart is not here,
My heart’s in the Highlands a-chasing the deer -
A-chasing the wild deer, and following the roe;
My heart’s in the Highlands, wherever I go...

Que traducido literalmente dice más o menos:

Mi corazón está en las Tierras Altas, mi corazón no está aquí,
mi corazón está en las Tierras Altas detrás de los ciervos-
detrás de los ciervos y siguiendo el gamo;
dondequiera que vaya, mi corazón está en las Tierras Altas.

¿Cómo llegó a conocer Machado este poema? ¿Dónde lo encontró? Es un misterio. Lo cierto, de todos modos, es que le afectó profundamente cuando, exiliado en Baeza después de la muerte de Leonor, le atenazaba el recuerdo de la meseta soriana. Y tan es así que hasta podríamos aventurar que sin el estímulo de Burns, sin la afinidad que Machado encuentra entre los versos del escocés y su propia circunstancia en aquellos momentos, el poema que estamos comentando habría sido de otra manera:

¡Adiós, tierra de Soria, adiós el alto llano
cercado de colinas y crestas militares,
alcores y roquedas del yermo castellano,
fantasmas de robledos y sombras de encinares!

En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.

Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,
por los floridos valles, mi corazón te lleva.

En Machado, en realidad, hay no sólo una afinidad con Burns sino con la poesía inglesa del siglo XIX en general. Poesía, sobre todo en Words-worth, muy sensible al paisaje. Hay en *Juan de Mairena* un pasaje tal vez impensable si Machado no hubiera estado imbuido de aquella lírica que – lo sabemos por distintos testimonios- admiraba profundamente. Allí sentencia su *alter ego*:

...a quien el campo dicta su mejor lección es al poeta. Porque, en la gran sinfonía campesina, el poeta intuye ritmos que no se acuerdan con el fluir de su propia sangre, y que son, en general, más lentos. Es la calma, la poca prisa del campo, donde domina el elemento planetario, de gran enseñanza para el poeta. Además, el campo le obliga a sentir las distancias –no a medirlas– y a buscarles una expresión temporal, como, por ejemplo:

El día dormido
de cerro en cerro y sombra en sombra yace,

que dice Góngora, el bueno, nada gongorino, el buen poeta que llevaba dentro el gran pedante cordobés.

(Recordemos, entre paréntesis, que Machado no aguanta el barroco -que busca complicarlo y enrevesarlo todo- y aboga siempre por la sencillez, la claridad, la sobriedad. En absoluto le gusta a Machado la metáfora por la metáfora, el ingenio por el ingenio. Y una y otra vez arremete contra el Góngora archicomplificado de las *Soledades*.)

Mairena sigue con una reflexión que también tiene cierto sabor inglés. El campo, nos asegura, es útil para curarnos de nuestro amor propio, para alejarnos de nuestra obsesión con nosotros mismos. En la soledad campesina dejamos, brevemente, de estar obsesionados con nosotros mismos, y percibimos que, allá fuera, existe otra realidad. “¡Esos magníficos pinares –exclama Mairena–, y esos montes de piedra, que nada saben de nosotros, por mucho que nosotros sepamos de ellos! Esto tiene su encanto, aunque sea también grave motivo de angustia.”

Parece claro que para Machado, como para Borges, parte de la fascinación del idioma inglés residía en el hecho de que su vocabulario es un amalgama de elementos anglosajones –lo fundamental, lo básico, lo cotidiano, lo casero– y latinos, los intelectuales, los cultos, resultado de la aportación francesa a raíz de la victoria de Hastings en 1066. Es una mezcla productora de ricos matices léxicos –a menudo se puede escoger entre un término de procedencia latino/francesa y otro germano– y que, como dijo T.S. Eliot, lo hace especialmente apropiado para la expresión poética. La presencia de dichos elementos latinos aligera, indudablemente, la tarea de quien traduce del español al inglés (aunque hay que proceder con suma cautela dada la masiva presencia de “falsos amigos”). Como ha escrito uno de los mejores traductores de Machado, el hispanista Henry Gifford: “La sensibilidad española no es la nuestra; pero podemos acceder a ella gracias a nuestra compartida conciencia de Roma y de las cualidades romanas del idioma. Machado es inseparable de su tradición (Jorge Manrique, Cervantes, el *Romancero*, Lope de Vega, Bécquer), tradición que no podemos compartir plenamente. Pero al traer su poesía hacia las lindes del inglés, donde se puede ‘domesticar’ sin que deje de ser extranjera, conseguimos que participe de nuestra propia literatura.

Y así es. Trabajando con el conocido poeta Charles Tomlinson, Gifford ha creado unas versiones de Machado que casi dan la impresión de ser originales, entre ellas las de “A un olmo seco”, “Poema de un día”, “El pasado efímero” y la que ustedes tienen entre las manos. Se trata del extraordinario “Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido”, título que remeda satíricamente, como se sabe, el de las “coplas” de Jorge Manrique por la muerte de su padre, que tanto admiraba Machado.

El registro conversacional del “Llanto” machadiano, así como su uso burlesco de la rima, han sido captados brillantemente en esta versión. La base métrica del original es el verso octosilábico, el más idóneo, según Pedro Salinas, para captar el ritmo de la frase conversacional española, y que aquí se mezcla con pies quebrados, o sea versos de cuatro sílabas. Gifford y Tomlinson no cometen el error de intentar reproducir el verso octosilábico, desde luego, pero sí logran captar el ritmo del original y no poco de su gracioso juego de rimas, incluso la rima interna, como en el caso del verso “Buen don Guido, ya eres *ido*”, que da lugar a “gone, good Don Guido”.

La versión entera merece ser comparada con el original, algo que no vamos a hacer hoy, por supuesto. Veamos una muestra, la sección del poema donde dice Machado:

Gran pagano,
se hizo hermano
de una santa cofradía;
el Jueves Santo salía,
llevando un cirio en la mano
—¡aquel trueno!,
vestido de nazareno.

Gifford y Tomlinson nos proponen:

He became, great pagan
that he was,
brother in a fraternity;
on Holy Thursday could be seen
disguised
(the immense candle in his hand)
in the long robe of a Nazarene.

La versión es aquí excelente. Fijémonos en “brother in a fraternity” por “hermano de una santa cofradía”. Es un buen ejemplo de la doble procedencia léxica del inglés —“brother” es anglosajón, “fraternity” es latín—, que ha permitido a los traductores “explicar” al lector, sin que suene demasiado raro, algo de una tradición religiosa española. Los traductores no logran un equivalente para la llamativa y burlesca exclamación “¡Aquel trueno, vestido de nazareno!”. Pero sí consiguen, con la introducción del término “disguised” (disfrazado), transmitir al lector inglés la hipocresía del caballero sevillano de quien se trata, y el desdén correspondiente del poeta.

Notemos también cómo, atentos a la singularidad de las procesiones sevillanas de Semana Santa, muy ajenas a cualquier celebración religiosa británica, los traductores han “explicado” sigilosamente que los cirios son “inmensos” (no hay ninguna vela o *candle* inglesa comparable), y que la túnica del nazareno es *larga*.

También señalemos la estupenda versión de los versos:

Buen don Guido y equipaje,
¡buen viaje!...

que da lugar a:

To good Don Guido and his *equipage*
Bon *voyage*!

donde el “mot juste” francés viene a la ayuda de los traductores –“Bon voyage!” se dice mucho en Inglaterra, no tanto, creo, en español– y surge la rima milagrosa, rima que, me lo imagino, produjo la hilaridad de los traductores cuando la encontraron.

To good don Guido and his equipage
Bon voyage!

Gifford y Tomlinson demuestran que el traductor no tiene por qué desempeñar siempre el papel de traidor. Machado, tan atento a las cualidades innatas de otros idiomas, y tan buen lector del inglés, les habría otorgado, a buen seguro, un sobresaliente.

Mi enhorabuena –y termino– por la labor que desde hace diez años se lleva a cabo en esta Facultad, labor de extraordinaria relevancia, ahora que España ha vuelto por fin a ocupar su lugar en Europa. Quiero creer que Machado, profundamente europeísta, no se encontraría nada mal en la España actual, aunque sin duda discreparía con no pocos aspectos de la misma. Y quiero creer que, hoy como ayer, pensando a la vez en sí mismo y en sus alumnos, pondría el énfasis sobre el trabajo personal bien hecho, sin el cual la vida no sirve para nada. Como dijo en uno de sus cantares y proverbios:

Despacito y buena letra:

el hacer las cosas bien
importa más que el hacerlas.

Muchas gracias.